

DISCURSO II.

*Sobre el establecimiento del Cristianismo, gobierno de la Iglesia en los seis primeros siglos y su doctrina.*

I.  
Establecimiento  
divino del  
Cristianismo.

**E**l lector está al presente en estado de juzgar si yo he cumplido mi palabra; y si he mostrado, como lo prometí en el prólogo, que la Religión cristiana es puramente obra de Dios. Hemos visto que se ha establecido en poco tiempo por todo el Imperio romano, y aun fuera de él; no solamente sin algun socorro humano, sino contra todos los esfuerzos que han hecho los hombres para destruirla. Desde el tiempo de san Ireneo y Tertuliano; esto es, desde el fin del segundo siglo, todo estaba lleno de cristianos y de iglesias numerosas gobernadas por sus pastores, unidas entre sí por una correspondencia mútua. ¿De dónde salieron estos cristianos? ¿quién formó estas iglesias? ¿No habian es-

tado estos mismos pueblos sumergidos tantos siglos antes en la idolatría y el desórden? ¿Quién les mudó así tan de repente? ¿quién les hizo depreciar las costumbres de sus padres, dejar una creencia que favorecía todas sus pasiones, y abrazar una vida tan seria y penosa? Una mutacion tan extraordinaria no podia ser obra sino de los milagros estupendos y de las virtudes puras que veían en los que anunciaban la nueva Religión.

Pero veamos qué se les prometía en élla. Nada de presente ni sensible: una vida futura, bienes invisibles; y en este mundo persecuciones y peligros continuos. Ya hemos visto cómo fueron tratados los cristianos por el espacio de tres siglos enteros. No me he contentado solo con decir en general que hubo muchos mártires, ni referir sus nombres, y las principales circunstancias de su martirio; sino que los he puesto delante de los ojos, haciendo una extensa relacion de sus actas; esto es, de los procesos verbales formados para condenarles al tormento y á la muerte. Mas bien he querido exponerme á enfadar á algun lector delicado, que perder

nada de la fuerza de la prueba é impresion que debe hacer un objeto tan grande. Estos ejemplos eran nuevos. Los griegos y los romanos sabian morir por su patria ; pero no por su religion y el interes de la verdad. Es cierto que entre los judíos se habian visto algunos pocos mártires; pero tambien tenian la verdadera Religion, y la Iglesia los honra como suyos.

II.  
Mártires,

Lo que era tan comun entre los cristianos, fue sin embargo mirado por los filósofos con razon, como el último esfuerzo de la virtud. El justo perfecto, dice Platon, es el que no pretende parecer bueno sino serlo. (a) De otra forma, seria honrado y recompensado, y entonces podria dudarse si amaba la justicia por sí misma, ó por la utilidad que de ella sí resultaba. Fuera de su virtud es menester despojarle de todo lo demas: no debe tener ni aun la reputacion de bueno; al contrario, debe pasar por injusto y pecador, y como tal ser azotado, atormentado y crucificado, conservando siempre su justicia hasta la muerte. ¿No parece haber previsto este filósofo á Jesucristo y los mártires

(a) De repub. lib. 2.

sus imitadores? Pues ellos siendo los mas justos y santos de los hombres, han pasado por impios y abominables: han sido tratados como tales; y han llevado el testimonio de la verdad hasta la muerte y los mas crueles tormentos: y esto no un pequeño número sino una multitud innumerable de toda edad, sexo y condicion.

Si los cristianos no hubieran sido combatidos sino por el furor de los pueblos y autoridad de los magistrados, se podria pensar que solo habian resistido á la fuerza, destituida de la maña. Pero no es así, antes aun mismo tiempo se empleaba todo contra ellos, la violencia, las calumnias, las burlas, los razonamientos; y sus enemigos tenian mas libertad para insultarlos, que ellos para defenderse. Sin embargo, escribieron algunas apologias, que he referido, y en ellas se ve si sus razones eran solidas y convincentes; pero tuvieron poco efecto por la leve impresion que hace la verdad en la mayor parte de los hombres, quienes necesitan una larga esperiencia para desengañarse. A fuerza de virtudes disiparon las calum-

nias que les habían imputado ; y á fuerza de sufrir mostraron la inutilidad de las persecuciones. En fin, al cabo de trescientos años triunfó la verdad , y los mismos emperadores se declararon protectores del Cristianismo.

Entonces se vió la diferencia que hay entre la Religion verdadera y las falsas. La idolatria se arruinó por sí misma luego que la faltó el apoyo de la autoridad pública. Para mostrarlo sencillamente permitió Dios cincuenta años despues la apostasia del emperador Juliano , que con toda la potencia del Imperio , y el socorro de la filosofia y de la magia no pudo restablecer el paganismo. Él mismo se queja de éllo en muchos lugares de sus escritos, y particularmente contra el pueblo de Antioquia. La reforma quimérica que quiso introducir entre los paganos, le hizo dar, sin querer, un testimonio glorioso de la santidad del Cristianismo, que se esforzaba imitar ; y su persecucion, aunque singular y artificiosa, no sirvió sino de afirmar mas la verdad. Su reyno fué el último suspiro de la idolatria, y Roma no

ha tenido despues sino príncipes cristianos.

Despues de los mártires se presenta en los solitarios otro espectáculo igualmente maravilloso. Comprehendo debajo de este nombre los que se llamaban ascetas en los primeros tiempos, los monges y los anacoretas. Estos pueden llamarse mártires de la penitencia ; cuyo sufrimiento es tanto mas maravilloso , quanto era mas voluntario y duradero , y que en vez de un suplicio de algunas horas llevaron sus cruces fielmente por el espacio de cincuenta ó sesenta años. Acaso me habré estendido demasiado atendido el gusto de los sábios y curiosos, que no estiman mucho la oracion, y las prácticas de piedad ; pero creo que la vida de los santos es una grande parte de la historia Eclesiástica, y miro á estos santos solitarios como los modelos de la perfeccion cristiana. Estos eran los verdaderos filósofos, como la antigüedad los nombra frecuentemente. Se separaban del mundo para meditar las cosas celestiales no como los egipcios, que describe Porphyrio, que honrándose con este nombre, no entendian

III.  
Monges.

sino la geometría ó la astronomía (a), ni como los filósofos griegos para indagar los secretos de la naturaleza, discurrir sobre la moral, ó disputar del soberano bien, y de la distincion de las virtudes.

Los monges renunciaban al matrimonio y á la sociedad de los hombres, para librarse del embarazo de los negocios, y de las tentaciones inevitables en el trato del mundo para hacer oración; esto es, contemplar la grandeza de Dios, meditar sobre sus beneficios, los preceptos de su santa ley, y purificar su corazón. Todo su estudio era la moral, es á saber, la práctica de las virtudes sin disputar; y casi sin hablar, ni despreciar á nadie, escuchaban con docilidad las instrucciones de los mas viejos: y muchos no sabian leer, y meditaban la escritura por las lecciones que habian oido. Huian de los hombres en cuanto les era posible, no pensando sino en agradar á Dios. Solo el resplandor de sus virtudes y la fama de sus milagros les hacia conocer; y ignoraríamos, por la mayor parte, quiénes habian sido si Dios no hubiera excitado algunos hombres piadosos,

(a) Porph. de vita Pitag.

como Rufino y Casiano para irlos á buscar en el retiro de sus soledades, y obligarles á hablar.

Por lo demas, no se puede sospechar que tuviesen en esto alguna especie de interés. Se reducian á una extrema pobreza; ganaban con su trabajo lo poco que necesitaban para vivir, y aun les sobraba para hacer limosna. (a) Algunos tenían heredades, que cultivaban con sus manos; pero los mas perfectos temian que la administracion de las rentas no les hiciera volver á caer en el embarazo de los negocios que habian dejado, y preferian los oficios simples y sedentarios para vivir de su jornal. Alguna vez recibian limosnas porque no alcanzaba su trabajo para mantenerles; pero no veo que las pidiesen. Eran fieles en la observancia de sus obligaciones esenciales como es la estabilidad y el trabajo de manos. Cada monge vivia encerrado en su comunidad y cada anacoreta en su celda si alguno por muy poderoso no le obligaba á salir fuera; porque nada es mas contrario á la oracion perfecta y á la pureza de corazón que se proponian,

(a) San Nilo.

que la ligereza y curiosidad. Tenian tal cuidado de apartar la multitud de pensamientos, y de poner su alma en tranquilidad y solidez, que huian aun de los sitios amenos y agradables, y pasaban la mayor parte del tiempo metidos en sus celdas. (a) Juzgaban el trabajo necesario, no solamente por no ser gravosos á nadie, sino aun por conservar la humildad y evitar el enfado.

Las comunidades eran numerosas, y se tenia la máxima de no multiplicarlas en un mismo lugar por la dificultad de hallar superiores, y por evitar los zelos y divisiones. (b) Cada una era gobernada por su abad, y alguna vez habia un superior que cuidaba de muchos monasterios con el nombre de Exarco Arquimandrita ú otro semejante; pero todos estaban sujetos á los obispos, y no se conocian todavía las exénciones. Los monges no hacian un cuerpo á parte distinto no solo de los Seculares sino del Clero, sin tener relacion úno con otro. Era práctica ordinaria elegir á los mas santos monges para sacerdotes y

(a) Cass. coll. 24.

(b) San Basil. reg. fus. n. 35.

clérigos. Los monasterios tenian muchas personas excelentes para estos ministerios; y los abades preferian gustosamente la utilidad general de la Iglesia á la particular de su comunidad. Tales eran los monges tan celebrados por san Crisóstomo, san Agustin y por todos los Padres, y su instituto ha continuado muchos siglos en su pureza, como se verá en adelante. Entre ellos principalmente se conservó la práctica de la mas sublime piedad, que yo he mostrado en los autores mas antiguos despues de los apóstoles en el libro del Pastor, y en san Clemente Alexandrino, particularmente cuando describe el verdadero contemplativo, que llama Gnóstico. Esta piedad interior mas comun al principio entre los cristianos, se encerró despues casi toda en los monasterios.

Otro género de cristianos aun mas perfectos eran los obispos, presbiteros y demas Clero, que á exemplo de los apóstoles practicaban la vida interior expuestos en medio del mundo, sin ser sostenidos como los monges por el retiro, el silencio y separacion de las ocasiones. (a) Así estaban bien per-

IV.  
Obispos y  
clérigos.

(a) Chrysost. de Sacerd.

suadidos que para ellos no traian utilidad alguna estas funciones públicas. Nosotros somos cristianos para nosotros mismos, decía san Agustín, y obispos para vosotros. Sabian que todo Pastor como tal no debe mirar á su provecho, sino al de su rebaño: de otra forma sería mercenario ó ladron. En general todo gobierno tiene por objeto el bien de aquel que es gobernado, y no el del que gobierna: el médico se propone no curarse á sí mismo sino al enfermo, el doctor quiere instruir, y no aprender. (a) Si piden alguna recompensa es extraña á su arte; y el que la toma, no la recibe como pastor, médico, ni doctor, sino como mercenario.

Los santos renunciaron á todo interes temporal haciéndose cristianos: no eran avaros ni ambiciosos, y no veian alguna utilidad para sí en gobernar á los otros. Al contrario, consideraban en esto graves peligros, como la vanidad de ocupar el primet lugar, el placer de mandar y hacer su voluntad, las alabanzas y los aplausos. Por otra parte la resistencia y el odio de aquellos á quienes se coi-

(a) Plat. 1. repub.

rrige, ó á quienes se niega lo que piden injustamente, el disgusto de decir palabras de enojo, de amenazar y castigar. En fin, la recompensa en estos primeros tiempos era la persecucion y el martirio, porque los obispos y sacerdotes eran los que estaban mas expuestos. Solo, pues, el motivo de una ardiente caridad, ó la sumision á la orden de Dios, era lo que les empeñaba en preferir á su comodidad propia el trabajo de servir á los otros. La humildad les impedía el creerse capaces de mandar: era necesario que la voluntad de Dios les fuese significada muy claramente. Por lo qual no fingian huir y esconderse, persuadidos que si Dios queria que ellos gobernasen, era por demas toda la resistencia. Platon había dicho que en una república compuesta de personas virtuosas, se observaba tanto cuidado en apartarse de los cargos, quanto comunmente se tiene de conseguirlos. (a) Esta idea hemos visto frecuentemente reducida á práctica en la historia de la Iglesia.

Asi para tener tales obispos, tomaban todas las precauciones posibles. A los viejos mas aprobados se con-

(a) Repub.



fiaba ordinariamente el gobierno, como dice Tertuliano. (a) Se elegia un antiguo presbítero ó diácono de la misma iglesia que hubiese allí recibido el bautismo, y no hubiese salido de élla despues; de suerte, que su vida y capacidad fuesen conocidas de todo el mundo. Por su parte él tambien conocia el rebaño que debia gobernar, habiendo servido de continuo bajo la conducta de muchos obispos, que le habian promovido por grados á los diferentes órdenes de lector, acólito, diácono: y de quienes habia aprendido la doctrina que debia enseñar, y los cánones por donde habia de reglar su gobierno, de suerte que él no tenia que aprender nada de nuevo. No hacia sino subir al primer lugar, y continuar lo que habia hecho y visto hacer toda su vida. No se creia que el pueblo ó clero de una iglesia pudiese tener confianza en un incógnito, ni que un forastero pudiese gobernar bien un rebaño que no conocia.

Por la misma razon, la eleccion se hacia por los obispos mas vecinos de acuerdo con el clero y el pueblo de la iglesia vacante; esto es, de aquellos que

(a) Apolog. c. 39.

podian mas bien conocer la necesidad de la Iglesia. El Metropolitano concurría á élla con todos sus provinciales. Se consultaba el clero, no solo de la catedral, sino de toda la diócesis. Se consultaban tambien los monges, los magistrados y el pueblo; pero los obispos decidían; y su eleccion se llamaba juicio de Dios, como dice san Cipriano. Luego se consagraba al nuevo obispo, y se le ponía en posesion de la silla; pero se tenia tal respeto al consentimiento del pueblo, que si éste rehusaba recibir un obispo, despues de haber sido electo no se le precisaba á obedecerle; antes se le proveía de otro, que fuese de su gusto. El poder temporal no tenia alguna parte en las elecciones; aunque despues de la conversion de los emperadores tuvieron éstos algun influjo respecto de las sillas mas considerables, y de las ciudades donde el príncipe residía. Así estas grandes sillas, como Antioquía y Constantinopla, fueron desde entonces mas expuestas á la ambicion. De este modo se hacia la promocion de los obispos en los seis primeros siglos, y en los cuatro siguientes continuó en la misma forma, con poca dife-

rencia. Júzuese por los efectos si era buena, y considérese el grande número de santos obispos que la Historia presenta en todos los países del mundo.

Estos obispos así elegidos vivian pobremente, ó á lo menos frugalmente: algunos trabajaban con sus manos, y muchos que habian sido extraídos del claustro conservaban la práctica de la vida monástica. (a) El título de siervo de los siervos de Dios, y otros semejantes no han pasado á fórmula sino porque al principio fueron tomados muy seriamente. Yo no sé que algun príncipe temporal ó magistrado hayan usado tales títulos. Los primeros que los emplearon tenian sin duda presentes estas palabras del evangelio. *El que entre vosotros quisiere ser el primero, ha de servir á los otros: como el hijo del hombre ha venido á servir, y no á ser servido.* (b) No creian, pues, que el clero ni aun los obispos debiesen ser distinguidos del pueblo por sus comodidades temporales, sino por su aplicación á instruirle, corregirle y socorrerle en todas sus necesidades espirituales y temporales. No se trata,

(a) Epiph. hær. n. 4. &c.  
(b) Matth. 9. 20. 21. 28.

decia Platon, de hacer feliz en nuestra república una sola clase de gentes sino toda ella cuanto se pueda aunque sea en perjuicio de algunos particulares. (a) Esto es más necesario con mayor razon en una república espiritual, como la Iglesia, y es justo que los que gobiernan y sirven al público olviden sus conveniencias particulares trabajando por la salud y felicidad de los otros.

¿Podrá oponérseme que san Pablo dice, que los presbíteros que gobiernan bien son dignos de mayor honor? (b) y todos convienen en que este honor es la retribución temporal. Es verdad, pero tambien dice; teniendo con que vivir y vestir estemos contentos. (c) Los santos obispos de los primeros siglos no negaban sin duda á los buenos obreros las comodidades necesarias; pero sabian que la naturaleza se lisonjea siempre, y no se contiene fácilmente en la mediania. Temian que poniendo á los obispos en una vida cómoda y regalada, se olvidasen de su oficio. Un labrador es muy útil en un

(a) Repub. init.  
(b) 1. Tit. 5. 17.  
(c) Ibid. 6. 8.



estado, y su profesion merecē estar en honor. Dadle con este pretesto, decia Platon (a), un harado de marfil, un vestido de púrpura, vagilla de oro, mesa abundante y delicada: ya no querrá exponerse al sol y á la lluvia, ni meterse en los pantanos ni arrear los bueyes; en una palabra, no querrá ya trabajar sino alguna vez que haga buen tiempo para divertirse. Lo mismo sucederá á un pastor, si se le engalana como á los que representan en el teatro. En toda profesion el artífice muy rico y acomodado se desdēña de ejercitar su oficio: se abandona al regalo y poltronería, y arruina su arte con los medios que se le habian dado para ejercerlo mas cómodamente.

V.  
Gobierno  
de la Igle-  
sia.

Los obispos, como hemos visto en esta Historia, no hacian caso de los intereses, ni preferian lo accesorio á lo principal. Enteramente ocupados en el cumplimiento de su obligacion no pensaban en su casa ni vestido: no ponian tampoco mucho cuidado en lo temporal de su iglesia: dejaban ésto á los diáconos y ecónomos; pero en cuanto á lo espiritual de nadie se fiaban. Su ocupacion era la oracion, ins-

(a) Repub. 4.

truccion y correccion. Conocian y se informaban de las cosas mas leves, por cuya razon las diócesis eran tan pequeñas, á fin de que un solo hombre pudiese conocer y gobernar su rebaño por sí mismo. Para hacerlo todo por ótro y de lejos no era menester sino un obispo en toda la Iglesia de Dios. Es verdad que tenian presbiteros para aliviarles aun en lo espiritual, para presidir en las oraciones, y celebrar el santo sacrificio de la misa en caso de ausencia ó enfermedad del obispo, y para bautizar ó confesar en caso de necesidad. Algunas veces tambien les confiaba el obispo el ministerio de la predicacion, aunque regularmente solo éste predicaba. Los presbiteros hacian su consejo y el senado de la iglesia elevados á esta clase por su ciencia eclesiástica, sabiduria y experiencia.

Todo se hacia en la iglesia con consejo; porque no se proponian sino hacer reinar la razon, la regla y la voluntad de Dios. Los obispos tenian siempre delante de los ojos el precepto de san Pedro, y del mismo Jesucristo de no imitar la dominacion de los reyes de la tierra, que siempre anhelan al despotismo. Como no eran

presuntuosos. desconfiaban de sus lutes, y no tenían zelos de la autoridad de los otros, sabiendo que la verdad no está sujeta á las dignidades. Cedían gustosamente al que daba mejor dictamen. Las juntas tienen esta ventaja, que hay de ordinario alguno que muestra el buen partido, y reduciendo los otros á él; éstos respetan mutuamente por la vergüenza de no parecer injustos en público. No es fácil corromper toda una junta, pero sí ganar á un solo hombre, ó al que le gobierna; y si determina por sí mismo, sigue la inclinación de sus pasiones, no teniendo contrapeso. Por otra parte las resoluciones comunes son siempre mejor ejecutadas, creyendo cada uno ser autor de ellas, y que hace su voluntad. Es verdad, que el camino del imperio y coacción, es mas corto que el de la persuasión é industria; pero los hombres sábios, humildes y afables van siempre á lo mas seguro y dulce, y con tal que se logre lo mejor, no hacen caso de su trabajo y fatiga. No se valen de la fuerza sino cuando no hay otro recurso.

Estas son las razones que he podido comprender del gobierno ecle-

siástico. En cada iglesia el obispo no hacia nada de importante sin el consejo de los presbiteros, diaconos, y principales de su clero. Consultaba tambien frecuentemente al pueblo, quando éste tenia algun interes en el negocio, como en las ordenaciones. Ya hemos visto los ejemplos en san Cipriano, y la fórmula de la ordenación lo manifiesta todavia. (a) Tambien hemos visto con qué sencillez y confianza paternal daba san Agustín cuenta á su pueblo de su conducta y de la de su clero.

Para los negocios mas generales, los obispos de la provincia se juntaban, y tenían concilios. Este era el tribunal ordinario donde regularmente todos los negocios debian ser terminados; por lo cual se tenían dos veces al año. Los obispos de las grandes sillas, y los papas mismos lo usaban así; y aunque las antiguas decretales no contengan sino su nombre, eran resoluciones de sus concilios lo mandado en ellas. Estas frecuentes juntas causaban dos grandes bienes: conservaban la union y amistad entre los obispos, y la uniformidad de la dis-

(a) Pontific. Rom.

ciplina. Los obispos se trataban como hermanos sin ceremonia, y con mucho amor. Y aunque hemos visto que se daban el título de muy santo, muy venerable, ú otros semejantes, esto se debe atribuir al uso introducido en la decadencia del imperio Romano, de dar á toda suerte de personas títulos proporcionados á su condicion. Pero estas fórmulas de palabras no impiden el reconocer en sus cartas una sinceridad y cordialísimo amor, por poco gusto que se tenga para discernirlo. Puede convencer á cualquiera de esta verdad lo que he referido de las cartas de san Cipriano, san Basilio y san Agustin. Esta comunicacion por cartas suplía la falta de los concilios en los intervalos de éstos, ó respecto de los obispos de otra provincia. Los intervalos eran algunas veces largos en el tiempo de las persecuciones; porque los obispos y presbíteros, como mas perseguidos, estaban obligados á apartarse y esconderse. Y esta interrupcion de los concilios era uno de los efectos de la persecucion mas sensible para ellos, porque estaban persuadidos, que la disciplina no podia mantenerse sin los concilios. Véan-

se las quejas de Eusebio sobre la persecucion de Licinio.

Vengamos al gobierno de una iglesia particular. Había debajo del obispo y presbítero un grande número de ministros ocupados en las funciones de sus órdenes; es á saber, diáconos, acólitos, lectores y porteros. Parece que en el principio los diáconos eran juzgados á lo menos tan necesarios como los presbíteros. Cuando los apóstoles establecieron los siete primeros diáconos en Jerusalem no parece que habian ordenado presbíteros: (a) al contrario, se reservaron á sí solos las funciones comunicadas despues á éstos; es á saber, la oracion y predicacion. San Pablo dando sus órdenes á Tito y á Timoteo para el reglamento de las nuevas iglesias, no habla sino de obispos y diáconos. En efecto, antes que las iglesias fuesen numerosas, un hombre de mucho zelo y trabajo era suficiente para el servicio espiritual; pero tenia necesidad de ser aliviado en las obras exteriores: para recibir las limosnas de los fieles, y distribuirlas á los pobres; para mantener el orden y preeminencias de las juntas, y hacer

VI.  
Clérigos inferiores.

(a) Act. 6. 2.

diversos mensajes. Con el tiempo los mismos diáconos tuvieron necesidad de ser ayudados; y de allí vinieron las órdenes inferiores, cuyo uso se ve en la Iglesia desde los primeros siglos hasta nuestros días.

Cada uno perseveraba en su orden todo el tiempo que el obispo juzgaba á propósito, y muchos le ejercian toda su vida. No se extrañaba entonces ver en la iglesia un hombre siempre portero ó lector: como no se extraña el día de hoy ver en los tribunales seculares un ministro ó un escribano, que nunca llega á ser juez. Los talentos naturales son diferentes, y las gracias diversamente distribuidas. Uno es propio para la accion, y no lo es para el estudio; otro tiene zelo y prudencia, pero le falta la elocuencia. La fidelidad, aseó y fuerza de cuerpo bastan para ser portero ó sacristan: la caridad y discrecion para diácono; pero no para presbítero sin la ciencia. Al contrario, un presbítero sábio, piadoso, elocuente, puede no tener la fuerza é industria necesarias en los negocios. Los obispos no hacian las ordenaciones para gratificar á los particulares, sino á fin de que la iglesia

estuviese servida; por lo cual no hay que maravillarse de que dejasen á cada uno en el ministerio que le era mas conveniente. Si les ascendian á un orden superior, esto era porque el tiempo los había hecho idóneos para él. Un jóven no era sino lector; pero despues de haber hecho algunos progresos en la ciencia y la piedad, venia á ser presbítero. Un diácono había sido antes acólito ó portero.

Nadie se presentaba por sí para pedir la ordenacion, como lo hacia para pedir el bautismo ó penitencia. El pueblo mismo era quien hacia esta peticion despues de haber conocido su mérito, ó el obispo que le elegia de consentimiento del pueblo. Por lo comun el particular era ordenado contra su voluntad, de lo cual se ven muchos ejemplos como el de san Agustín, de Paulino hermano de san Gerónimo, de san Paulino de Nola y otros. Sucedia en esta eleccion lo que en la de los obispos. Elegianse los cristianos mas perfectos; por consecuencia los mas humildes y desinteresados, que no querian si no huir del mundo, preservarse de las tentaciones, gustar en silencio la dulzura de las verdades eternas,

y unirse á Dios mediante la oración. Era preciso sacarlos por fuerza de este reposo, y obligarles á volver á entrar en la acción exterior, y el trato de los hombres para remediar sus miserias. El amor de la verdad, dice san Agustín, no aspira sino á una santa ociosidad; pero la necesidad de la caridad se carga de las ocupaciones justas.

La utilidad de este grande número de oficiales, y de sus diferentes órdenes, se manifestaba en las juntas de religion, y principalmente en el santo sacrificio, porque se celebraba éste comumente con toda la solemnidad posible. Ya hemos visto algunas ocasiones en que se hacia la oblacion en particular, y con menos ceremonias. San Cipriano habla de las que se hacian en las prisiones de los mártires, y quiere que no haya sino un presbítero y diácono: mostrando cuan necesario se juzgaba el ministerio de éste último. Tambien se ve que san Ambrosio celebró en Roma en una casa particular, y san Gregorio Nacianceno el Padre en su misma cámara. Véanse cuan antiguas son las misas particulares; aunque estas ocasiones

no eran frecuentes, pues por lo comun las misas eran solemnes; esto es, que todos los sacerdotes, ú obispos que se hallaban en el mismo lugar, se juntaban en una iglesia con todo el resto del clero y el pueblo, y concurrían todos á una misma acción, de la manera que he descrito.

Creíase que jamas se podría honrar debidamente el servicio divino, la administración de los sacramentos, y particularmente la Eucaristía, donde Jesucristo mismo está presente. De aquí, la magnificencia de las iglesias, como se vé por las descripciones que nos han dejado Eusebio y otros historiadores; la multitud de vasos de oro y plata, la abundancia de luces y perfumes. El gran número de ministros, porteros, domésticos, sacristanes, tesoreros para guardar los vasos sagrados, y tener las iglesias limpias y adornadas. Todo esto no era difícil, aun en los lugares mediános, cuando habia sino un solo servicio, y todos se juntaban en un mismo sitio. Nada era mas propio para dar al pueblo, y aun á los hombres mas groseros, una alta idea de nuestros misterios. Los mismos paganos convenian